

EL PRÍNCIPE CAPRICHOSO

Margarita Mainé

ILUSTRACIONES DE MEY



EL PRÍNCIPE CAPRICHOSO

Margarita Mainé

ILUSTRACIONES DE **MEY**

CAPÍTULO 1

Érase una vez un reino en el que el sol brillaba con fuerza y las cosechas mejoraban cada año. No había guerras ni pestes. La gente vivía en familia y trabajaba en paz. ¿Por qué entonces el rey y la reina se veían tan tristes?

Lo que sucedía era que ya habían pasado cinco años desde su boda y aún no tenían hijos. La reina lagrimeaba por todo y cualquier cosa despertaba el enojo del rey.



Por eso, cuando una primavera la panza de la reina se volvió redonda, el pueblo entero festejó la noticia. Los hombres armaron juguetes para el hijo del rey. Las mujeres le tejieron ropa de brillantes colores.

El príncipe nació una noche de lluvia. Tenía los ojos oscuros y lo llamaron Andrés. Los reyes, rebosantes de alegría, se prometieron brindarle siempre felicidad.

Y éste, que parecería el final feliz de un cuento, es sólo el principio, porque el deseo de los reyes fue una orden para la gente del pueblo. Cada vez que un pequeño quejido se escuchaba desde la cuna, corría el rey a mirar qué sucedía, corría la reina a llenar al bebé de besos, corrían las niñeras con sus canciones y la cocinera a ofrecer leche tibia.

En el reino se convirtió en costumbre hacer lo que el príncipe deseara. Podía dormir todo el día y pasar despierto la noche entera. Las joyas de la reina y los valiosos objetos del palacio eran en sus manos juguetes que podía romper. Si se le antojaba, podía saltar sobre el trono del rey y los guardias eran caballitos para cabalgar.

Hasta el momento de la comida era un juego para Andrés. Si le ofrecían arroz, cerraba la boca sin dejar entrar la cuchara. La reina pedía entonces que le

hicieran polenta, pero el pequeño príncipe lloraba al verla como si le ofrecieran veneno puro. Entonces la cocinera preparaba fideos, pero el niño tiraba el plato al piso y provocaba un gran estropicio.

Y cuando ya habían cambiado diez veces la comida y las ollas se apilaban en la cocina, de pronto el príncipe comía el arroz como si fuera un manjar. La reina y el rey se miraban confundidos... ¿Habría que cumplir realmente las promesas que se hacen en un momento de gran felicidad?

CAPÍTULO 2

El príncipe Andrés fue creciendo y, con él, el tamaño de sus caprichos. Cuando tuvo siete años, quería que su madre mirara cada cosa que hacía.

—¡Mirá cómo subo a este árbol!

—¡Mirá cómo me hamaco bien alto!

—¡Mirá! ¡Mirá! ¡Mirá! —repetía y la reina no podía ni comer por observar todo lo que hacía su pequeño hijo.

Unos meses después no le alcanzó con los ojos de la reina. Quiso que todos en el pueblo lo miraran y lo admiraran expresando asombro y maravilla.

—Miren cómo subo al caballo...

—Miren cómo salto las cercas...

—Miren cómo puedo galopar sin sostener las riendas...

—¡Estupendo! ¡Maravilloso! —debían decir todos al observarlo.

Al principio resultaba gracioso el antojo del príncipe, pero fue pasando el tiempo y los campesinos se dieron cuenta de que, por mirarlo, dejaban de sembrar. Y las mujeres se olvidaban de sus quehaceres.

Como la gente del reino comenzaba a desviar la mirada, Andrés hacía cada vez cosas más arriesgadas para lograr su atención. Se colgaba con las piernas de un árbol altísimo hasta que la cabeza se le ponía roja y los campesinos volvían a mirarlo. Y los guardias corrían a poner un colchón debajo para que no se lastimara.

Otras veces caminaba haciendo equilibrio sobre el balcón del Gran Castillo y las mujeres lo observaban asustadas temiendo que se cayera. Y su padre, con gran esfuerzo, se subía al paredón también para ayudarlo a bajar.

Cuando rompió los vidrios de la torre para practicar su puntería, el rey se enojó:

—¡Basta, Andrés! No podés hacer siempre lo que te da la gana —le dijo en un tono de voz apenas más alto que de costumbre.

El pequeño príncipe quedó tan ofendido por el reto que no comió ni un solo bocado durante una semana.

—Pobrecito —decía la reina.

—Pobrecito —repetían las doncellas.

Y mientras tanto Andrés se preguntaba: «¿Es que los demás no estaban en el mundo para hacerlo feliz?».

Andrés creció, creció y creció. Y llegó el día en el que sus pruebas dejaron de asombrar. Hiciera lo que

hiciera, nadie quería mirarlo. Ni siquiera intentando el vuelo de los pájaros conseguía llamar la atención.

Los únicos siempre dispuestos eran la reina y el rey. Pero en eso, Andrés también se las ingeniaba para armar algún capricho.

—No, ustedes no me miren, ¡no quiero que me miren! —les decía y ellos muy obedientes miraban para otro lado con un ojo y con el otro espiaban al príncipe, porque ya casi no sabían hacer otra cosa.

Pero una tarde pasó algo nuevo. El rey miró a la reina y ella le respondió con una caída de ojos. Se miraron largo rato y recordaron lo lindo que era verse. Después se alejaron caminando para dar un paseo.